



Ciencias Sociales
Universidad de la República
URUGUAY



**Trabajo
Social**

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL

Monografía Licenciatura en Trabajo Social

ENCERRADAS, CORRIENDO Y RESISTIENDO

Mujeres del Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros durante la dictadura
cívico-militar uruguaya (1973-1985): memoria, resistencia e invisibilización en la narrativa
posdictatorial.

María Emilia Gómez Cáceres

Tutora: Sandra Sande

Montevideo, 2026

“No todas las cosas del mundo se van

Algunas las come la muerte

O las desaparece algún militar

Y mañana seré yo, quien cante esta canción delante de la gente

No me importa si alguien ve que tengo el corazón más alto que la frente

Y que adentro hay un cajón que guarda una mitad de cosas que no quieren

Y que cuentan la verdad, que el cuerpo es el peón de lo que el alma siente

No todas las cosas del mundo se van

El viento nos trae momentos y planes

Que se hacen recuerdo en el mar”

(Mocchi)

Agradecimientos

Agradezco profundamente a las tres mujeres que hicieron posible esta investigación: Chela , Lucia y Ana por abrir sus memorias, compartir sus historias y confiar en este trabajo.

A Jhonay, mi compañero de vida; a mi familia, a mis amigxs, esa familia elegida que me acompañó durante estos años con amor, paciencia y confianza.

A mi manada, Theo, Dibu, Quinota y Firu, por ser refugio y compañía en cada etapa de este recorrido.

A Sandra Sande y Teresa Dornell, por la generosidad, el compromiso y la calidez con los que acompañaron. Por compartir conocimientos, abrir preguntas, sostener búsquedas y transmitir la convicción de que el pensamiento crítico también puede construirse desde la sensibilidad, el cuidado y la ternura. A Sandra, especialmente, por el amor compartido, por la confianza depositada a lo largo de estos años y por acompañar este recorrido con una humanidad que trasciende lo estrictamente académico.

A la Universidad de la República y especialmente a la Facultad de Ciencias Sociales, espacio que transformó profundamente mi forma de comprender y habitar el mundo.

A todas las personas con quienes compartí espacios de militancia, organización y construcción colectiva, porque gran parte de lo que soy hoy también fue construida allí. Este trabajo está atravesado por la convicción de que los cambios más profundos nacen siempre del encuentro con otras personas.

A todas las mujeres que han acompañado mi trayectoria académica, militante y personal. A las que sostienen, abrazan, impulsan y construyen junto a otras. A las que transforman el cuidado, la sororidad y la lucha colectiva en una práctica cotidiana.

Y finalmente, a mí. Por resistir e insistir. Por la terquedad necesaria para seguir adelante cuando el camino parecía incierto.

DEDICATORIA

A mi Iaia amada, María Esther Álvarez.

Con profundo amor.

Índice

Índice	3
Resumen	4
Introducción	5
Tema de investigación	7
Justificación y relevancia del estudio	7
Pregunta de investigación	9
Preguntas guías	10
Antecedentes	10
Marco Metodológico	15
Marco teórico	19
Género Memoria como campo de disputa.	21
Resistencia: entre lo cotidiano y lo político.	25
Invisibilización como efecto estructural	27
Reflexiones Finales	41
Referencias	45

Resumen

La presente monografía analiza la participación de las mujeres del Movimiento de liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) durante la dictadura cívico-militar (1973-1985), con el propósito de problematizar las formas en que sus trayectorias fueron construida, reconocida o relegadas en las memorias políticas e históricas posteriores. Desde una perspectiva de género y memoria, se desarrolló una investigación cualitativa basada en revisión bibliográfica y entrevistas semiestructuradas realizada a tres ex militantes del MLN. Los testimonios permitieron reconstruir experiencias vinculadas a la militancia política, la prisión, el exilio, la clandestinidad y las diversas formas de resistencia desarrolladas en contexto de represión estatal. El análisis identificó el desempeño de tareas de organización, cuidado, sostén colectivo y resistencia que resultaron fundamentales para la continuidad de los procesos militantes, aunque históricamente han ocupan un lugar secundario dentro de los relatos dominantes sobre el periodo. Asimismo, se observaron tensiones entre las memorias construidas por las propias entrevistadas y las narrativas políticas que adquirieron mayor visibilidad en el periodo post dictatorial. Esta Investigación nace de la convicción de que no existe justicia posible sobre el silencio, ni memoria colectiva capaz de construirse sobre el olvido de quienes sostuvieron la vida.

Palabras clave: memoria, género, mujeres, militancia , MLN-T, dictadura uruguaya.

Introducción

La historia reciente del Uruguay se encuentra atravesada por uno de los procesos más violentos y disruptivos de su devenir político: la instauración de la dictadura cívico-militar el 27 de junio de 1973. Este período no significó únicamente la interrupción del orden democrático, sino la consolidación de un régimen sostenido en múltiples dispositivos de control, persecución y disciplinamiento social. La represión estatal se desplegó mediante detenciones masivas, torturas, exilios forzados, censura y clandestinidad, configurando un entramado de violencia política que buscó desarticular proyectos colectivos de transformación social y reconfigurar las formas de participación política en el país.

En ese escenario histórico, el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) ocupa un lugar central tanto en la narrativa política del período como en la memoria colectiva que se fue configurando posteriormente. Sin embargo, esa memoria no se produce de manera homogénea ni neutral. Como toda construcción social, se encuentra atravesada por jerarquizaciones simbólicas que organizan qué trayectorias son reconocidas como protagonistas de la historia y cuáles quedan relegadas a posiciones marginales dentro del relato colectivo.

En el caso del MLN-T, estas jerarquizaciones han tendido a privilegiar figuras masculinas como portadoras principales de la acción política, mientras que la experiencia de las mujeres militantes ha quedado con frecuencia subsumida en narrativas secundarias, fragmentarias o directamente invisibilizadas. Esta situación no responde a una ausencia de participación femenina, sino a una desigualdad persistente en el reconocimiento posterior de sus aportes. Las mujeres no solo formaron parte del movimiento, sino que desempeñaron roles diversos y estratégicos en distintas etapas del proceso político, roles que resultaron fundamentales para el sostenimiento organizativo, político y humano del mismo.

La presente monografía, elaborada en el marco del Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, se propone analizar dicha participación desde un recorte específico: las trayectorias de mujeres militantes del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros durante el período dictatorial (1973-1985) en la ciudad de Montevideo. El recorte temporal se corresponde con la etapa de mayor intensidad represiva del Estado, mientras que el recorte territorial se justifica en tanto la capital del país constituyó uno de los principales escenarios

de acción política, detención y posterior producción de memorias vinculadas a ese período histórico.

El interés de esta investigación no radica únicamente en describir funciones o reconstruir episodios del pasado, sino en problematizar las condiciones históricas y simbólicas que moldearon tanto la acción política de estas mujeres como las formas en que dicha acción fue posteriormente narrada, reconocida o desplazada dentro del relato histórico dominante. En este sentido, el trabajo se inscribe en una intersección particularmente fecunda para el Trabajo Social la articulación entre historia reciente, género, memoria y resistencia.

Abordar esta temática implica, por tanto, mucho más que recuperar trayectorias individuales. Supone interrogar los criterios mediante los cuales se organiza el recuerdo colectivo y revisar las jerarquías que han estructurado la narración de la historia reciente del país. Si la memoria democrática aspira a constituirse como un campo plural y crítico, resulta imprescindible ampliar el reconocimiento de aquellas trayectorias que, aun habiendo sido fundamentales en los procesos políticos de la época, han permanecido durante décadas en los márgenes del relato dominante.

La relevancia del tema no se agota en su dimensión histórica. Las disputas en torno a la memoria, la verdad y la justicia continúan formando parte del presente uruguayo, no solo en el plano judicial o institucional, sino también en la forma en que se transmiten los acontecimientos del pasado y en quiénes ocupan el centro de ese relato.

Finalmente, el trabajo se estructura en seis apartados principales. En primer lugar, se presenta la justificación y relevancia del problema de investigación, donde se profundiza en la pertinencia académica y social del tema abordado. Posteriormente, se expone la estrategia metodológica, en la que se detallan los criterios y herramientas utilizadas para el desarrollo del estudio. En tercer lugar, se desarrolla una contextualización histórica que permite situar el período analizado y comprender las condiciones políticas y sociales en las que se inscribe la investigación. A continuación, se presenta el marco teórico, donde se recuperan aportes conceptuales provenientes de los estudios de género, la sociología política y los estudios de memoria que orientan el análisis. En el apartado siguiente se desarrolla el análisis de las trayectorias y testimonios abordados en la investigación. Finalmente, el trabajo culmina con las conclusiones, donde se sintetizan los principales hallazgos y se plantean algunas reflexiones finales.

Tema de investigación

Memoria, género y militancia: la participación de las mujeres del Movimiento de Liberación Nacional–Tupamaros (MLN-T) y sus formas de reconocimiento en las narrativas políticas e históricas sobre la dictadura uruguaya (1973–1985).

Justificación y relevancia del estudio

El análisis de la participación de las mujeres del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaro durante el período dictatorial no constituye únicamente una indagación histórica. Se trata de una intervención en el campo de la memoria colectiva y en la forma en que la sociedad uruguaya ha narrado uno de los capítulos más significativos de su historia reciente.

En la actualidad existe una variada literatura acerca de la dictadura cívico-militar uruguaya, lo que evidencia una creciente preocupación e interés por ese pasado. Sin embargo, como señala De Giorgi (2015), no fue sino una década después de culminada la dictadura que comenzaron a emerger con mayor fuerza textos y relatos de mujeres. Durante los primeros años, los testimonios masculinos fueron los que ocuparon el espacio público de manera inmediata, mientras que las voces femeninas permanecieron en un segundo plano, minimizadas o desplazadas. Esta diferencia en los tiempos de escucha no resulta casual; revela una desigualdad de género que atraviesa tanto el pasado como el presente y que aún se manifiesta en múltiples dimensiones de la vida social.

La invisibilización de las mujeres dentro de los relatos políticos no constituye un fenómeno aislado ni exclusivo del caso uruguayo. A lo largo de la historia, las contribuciones femeninas en procesos revolucionarios, movimientos sociales y luchas colectivas han sido frecuentemente subsumidas bajo figuras masculinas consideradas centrales. Esta jerarquización no responde únicamente a omisiones accidentales, sino a estructuras de género que determinan qué acciones son reconocidas como heroicas y cuáles quedan relegadas a la sombra.

En el caso del MLN-T, las mujeres no ocuparon un lugar accesorio. Participaron activamente en tareas de organización, logística, formación política, gestión clandestina, resistencia en contextos de encierro y exilio. Sin embargo, la narrativa posterior tendió a consolidar una memoria centrada en liderazgos masculinos y en formas de acción política

asociadas a la épica armada, dejando en segundo plano otras modalidades de militancia igualmente decisivas para la sostenibilidad del movimiento.

En este marco, el silencio adquiere una densidad particular. No aparece como simple ausencia de palabra, sino como una forma de ordenamiento del recuerdo. No se trata únicamente de lo que no se dijo, sino de aquello que no fue habilitado a decirse y, sobre todo, de aquello que no fue preguntado. La afirmación recuperada por Licitra (2018) “casi nadie nos preguntó” (p. 187) condensa una dimensión estructural del problema: la invisibilización se produce también a través de la falta de interlocución, mediante un régimen de escucha que delimita qué historias merecen ser narradas y cuáles permanecen confinadas al ámbito privado.

Romper con esa lógica implica no solo revisar el pasado, sino habilitar la palabra en el presente. Esta investigación se propone escuchar la voz de mujeres que fueron víctimas del terrorismo de Estado, no únicamente para reconstruir lo vivido, sino para comprender cómo esas experiencias continúan inscribiéndose en sus trayectorias actuales. No se trata de fijarlas en la condición de ex-presas políticas, sino de reconocer la marca latente del cautiverio y, al mismo tiempo, su capacidad de agencia y resignificación.

Desde el campo del Trabajo Social, esta problemática adquiere una relevancia particular. La profesión se inscribe históricamente en procesos de intervención sobre desigualdades estructurales y en la producción de conocimiento situado. Analizar la construcción de memoria y los mecanismos de invisibilización desde una perspectiva de género permite fortalecer una mirada crítica sobre las formas en que el poder organiza no sólo las condiciones materiales de vida, sino también los relatos que las legitiman.

Asimismo, en un contexto regional y global donde los movimientos feministas han revitalizado las discusiones en torno a la violencia de género, la participación política y la memoria histórica, resulta pertinente revisar críticamente los relatos heredados. Las luchas contemporáneas por el reconocimiento encuentran antecedentes en estas trayectorias militantes, que no pueden comprenderse en su totalidad si se mantienen subordinadas dentro del discurso oficial.

Esta investigación se justifica, por tanto, en tres niveles interrelacionados, histórico, político y académico. Histórico, porque aporta a la comprensión de un período fundamental de la historia reciente del Uruguay. Político, porque interviene en la disputa por el

reconocimiento de las mujeres militantes como sujetas políticas plenas. Académico, porque contribuye al diálogo entre estudios de memoria, teoría de género y análisis de participación política en contextos de represión estatal.

Más que cerrar un debate, este trabajo busca abrirlo. Asume que toda reconstrucción histórica es parcial y situada, pero sostiene que ampliar las voces incorporadas al relato colectivo constituye un paso necesario hacia una memoria más compleja, más democrática y menos jerarquizada.

Pregunta de investigación

¿De qué manera fue construida, reconocida o relegada la participación de las mujeres del Movimiento de Liberación Nacional–Tupamaros (MLN-T) en las memorias políticas e históricas posteriores a la dictadura uruguaya (1973–1985)?

Objetivo general

Problematizar, desde una perspectiva de género y memoria, las formas en que fue narrada, reconocida y jerarquizada la participación de las mujeres del Movimiento de Liberación Nacional–Tupamaros (MLN-T) durante el período dictatorial (1973–1985), así como las tensiones presentes en las memorias políticas e históricas construidas posteriormente.

Objetivos específicos

- Analizar cómo las propias mujeres militantes significan y reconstruyen sus experiencias de participación política y militancia durante el período dictatorial.
- Identificar los roles, tareas y formas de participación desempeñadas por las mujeres dentro del MLN-T, problematizando las dinámicas de asignación y reconocimiento de dichas prácticas.
- Explorar de qué manera las memorias políticas e históricas posteriores representaron la participación de las mujeres dentro del MLN-T.
- Indagar las tensiones entre los relatos hegemónicos sobre la militancia y las narrativas construidas por las propias mujeres entrevistadas.

Preguntas guías

- ¿Qué formas de participación desarrollaron las mujeres dentro del MLN-T durante el período dictatorial?
- ¿Cómo significan y reconstruyen las propias militantes sus experiencias políticas y de resistencia?
- ¿Qué tareas y prácticas fueron históricamente reconocidas como centrales dentro de la militancia política?
- ¿Qué lugar ocuparon las mujeres en las narrativas políticas e históricas construidas sobre la dictadura uruguaya?
- ¿Qué tensiones emergen entre las memorias de las propias militantes y los relatos históricos hegemónicos?
- ¿De qué manera las relaciones de género incidieron en las formas de reconocimiento político de la participación femenina?

Antecedentes

A lo largo de la historia, las relaciones entre varones y mujeres han estado atravesadas por profundas desigualdades de poder que no sólo organizaron la vida social, política y cultural, sino también las formas en que determinadas experiencias fueron legitimadas, narradas y recordadas. Estas estructuras de dominación pueden observarse con claridad en los distintos procesos de violencia política y terrorismo de Estado, donde las mujeres no solo fueron víctimas de la represión, sino también sujetas históricas cuya participación quedó, en gran medida, desplazada hacia márgenes de menor reconocimiento simbólico.

En este sentido, comprender el período dictatorial uruguayo implica reconocer que los acontecimientos desarrollados durante esos años no surgieron de manera aislada ni espontánea. Por el contrario, fueron parte de un proceso político, social y cultural que comenzó mucho antes de la consolidación de la dictadura cívico-militar y que se sostuvo sobre estructuras históricas profundamente desiguales. Dentro de ese entramado, las relaciones de género ocuparon un lugar central, condicionando tanto las formas de

participación política como las maneras posteriores de construir memoria sobre dichos acontecimientos.

Con el propósito de aproximarse a estas dimensiones, se retoma el libro *38 Estrellas: La mayor fuga de una cárcel de mujeres en la historia* de Josefina Licitra, obra que permite pensar la violencia política y el terrorismo de Estado desde una perspectiva de género. A través de la reconstrucción de la fuga de treinta y ocho mujeres de la cárcel de Cabildo, la autora recupera un episodio históricamente relegado dentro de las memorias oficiales sobre la militancia y la resistencia política en Uruguay. Allí sostiene:

La Operación Estrella sucedió en un tiempo en el que las mujeres eran vistas, incluso en los movimientos de izquierda, con una premisa que las llevaba al redil de las ‘pequeñas cosas’; a un lugar devaluado, inofensivo y alejado de las marcas discursivas que hoy permiten hablar de igualdad de género. (Licitra, 2018, p. 10).

La potencia de este relato no radica únicamente en reconstruir un episodio de enorme complejidad organizativa, sino también en evidenciar cómo determinados hechos históricos adquieren legitimidad y centralidad en las memorias colectivas mientras otros permanecen relegados a lugares secundarios. La fuga de Cabildo constituye un claro ejemplo de ello, mientras la fuga masculina de Punta Carretas fue incorporada al imaginario político como una gesta heroica, la fuga protagonizada por mujeres quedó frecuentemente reducida a una anécdota menor dentro de los relatos históricos dominantes. La diferencia no parece residir en la magnitud del acontecimiento, sino en quiénes ocuparon el lugar de protagonistas.

En esta misma línea, el libro *Las Laurencias. Violencia sexual y de género en el terrorismo de Estado uruguayo* de Soledad González Baica y Mariana Risso aporta elementos fundamentales para comprender las múltiples expresiones de violencia ejercidas específicamente sobre las mujeres durante el terrorismo de Estado. La obra recupera relatos y experiencias atravesadas por la violencia sexual y de género, colocando estas prácticas en el marco de graves violaciones a los derechos humanos y evidenciando cómo muchas de estas experiencias permanecieron durante décadas silenciadas o escasamente abordadas dentro de las memorias públicas sobre la dictadura.

Trabajar estas dimensiones supone adentrarse en relatos atravesados por un profundo nivel de sensibilidad, donde el dolor, la violencia y el silenciamiento forman parte constitutiva de las memorias reconstruidas. Sin embargo, resulta necesario abordar estas experiencias para comprender que las violencias ejercidas sobre las mujeres no constituyeron hechos excepcionales ni aislados, sino expresiones de relaciones de poder históricamente construidas y sostenidas socialmente.

A más de cuatro décadas del retorno democrático, se han producido múltiples investigaciones y publicaciones sobre el período dictatorial uruguayo, los movimientos políticos y las experiencias de militancia desarrolladas en ese contexto. No obstante, gran parte de esas reconstrucciones históricas continúan organizándose a partir de voces predominantemente masculinas, donde los relatos sobre la resistencia política suelen concentrarse en figuras de fuerte reconocimiento público y legitimidad política. Dentro de estas narrativas, la participación de las mujeres aparece frecuentemente desplazada hacia lugares secundarios o narrada desde dimensiones consideradas “menores”, como si sus experiencias no formaran parte central de la construcción política de la época.

De este modo, la invisibilización de las mujeres dentro de las memorias sobre el terrorismo de Estado no puede comprenderse únicamente como una omisión casual, sino como parte de relaciones históricas de poder que condicionan qué experiencias adquieren centralidad y cuáles permanecen subordinadas. En este sentido, Leache y Llombart (2009) sostienen que:

El género como dispositivo de poder realiza dos operaciones fundamentales e interrelacionadas; por un lado, la producción de la propia dicotomía del sexo y de las subjetividades vinculadas a ella y, por otro, la producción y regulación de las relaciones de poder entre varones y mujeres. (p. 122).

El concepto de “dispositivo” retomado por las autoras se vincula con los desarrollos de Foucault (1977), quien lo define como un entramado heterogéneo compuesto por discursos, instituciones, reglamentaciones, prácticas y mecanismos de producción de verdad que organizan las relaciones sociales. Desde esta perspectiva, el poder no debe comprenderse únicamente como imposición directa, sino también como una trama compleja de sentidos que regula qué cuerpos, experiencias y relatos adquieren legitimidad dentro del orden social.

Por este motivo, abordar la participación de las mujeres dentro del MLN-T implica necesariamente problematizar las formas en que dichas experiencias fueron construidas y reconocidas dentro de las memorias políticas posteriores. Muchas de las reconstrucciones existentes sobre este período han sido impulsadas, además, por los propios colectivos de mujeres y ex presas políticas que, a lo largo de los años, desarrollaron distintas estrategias de recuperación de la memoria colectiva y disputa frente a los silenciamientos históricos.

En este marco, el libro *Las Rehenas. Historia oculta de once presas de la dictadura* de Marisa Ruiz y Rafael Sanseviero constituye otro aporte central para esta investigación, particularmente por la forma en que recupera las trayectorias políticas y personales de las mujeres antes, durante y después de la represión dictatorial. Allí los autores señalan:

La historia de las rehenas no se completa exponiendo lo que sufrieron en manos de los militares; reclama indagar qué hicieron ellas con sus vidas que concitó semejante odio del régimen dictatorial. ¿Quiénes fueron estas mujeres antes de ser militantes, perseguidas, torturadas, rehenas?. (Ruiz & Sanseviero, 2012, p 31).

Esta perspectiva permite desplazar la mirada exclusivamente centrada en el sufrimiento para reconocer también las trayectorias políticas, las formas de organización y las experiencias de resistencia construidas por estas mujeres. En muchos casos, las memorias sobre la dictadura han tendido a reducir las únicamente a la condición de víctimas, dejando en segundo plano sus procesos de militancia, sus decisiones políticas y su capacidad de agencia dentro de un contexto profundamente adverso.

Profundizar en estas discusiones desde una perspectiva de género implica interrogar las estructuras patriarcales que atraviesan tanto los espacios de militancia como las formas posteriores de producción de memoria. Esto supone analizar no solo las grandes narrativas históricas, sino también aquellas prácticas cotidianas, afectivas y organizativas que muchas veces quedaron fuera de los relatos heroicos tradicionales pese a haber sido fundamentales para la construcción de resistencias colectivas.

Asimismo, resulta pertinente destacar los aportes de Ana Laura Di Giorgi, particularmente en torno a las tensiones entre feminismo e izquierda en el Uruguay de la

posdictadura. Sus investigaciones y producciones posteriores constituyen un puente fundamental para comprender cómo las mujeres comenzaron progresivamente a disputar espacios de visibilidad dentro de relatos políticos que históricamente tendieron a privilegiar experiencias masculinas como núcleo central de la memoria militante.

Asimismo, durante los últimos años se han desarrollado diversas investigaciones de grado en la Universidad de la República que han contribuido a ampliar las miradas sobre las experiencias de las mujeres atravesadas por el terrorismo de Estado uruguayo. Entre ellas, se destacan la monografía de la Licenciatura en Trabajo Social de Vanessa Urse Bentancor (2021), *Las vejeces de las mujeres hoy, la memoria viva del terrorismo de Estado uruguayo de ayer: las voces del colectivo Sujetas-Sujetadas*, investigación que recupera las experiencias de las mujeres ex presas políticas desde una perspectiva de género y curso de la vida, abordando dimensiones vinculadas a la memoria colectiva, la maternidad, la abuelidad, la resiliencia y las formas de construcción de las vejeces y la construcción de las vejeces en el presente.

A su vez, también resulta pertinente mencionar antecedentes académicos desarrollados por la propia autora de esta investigación en distintos momentos de su formación universitaria. En primer lugar, en el año 2022, se desarrolló el trabajo académico *Dictadura con cara de varón?*, el cual problematizó la invisibilización de las mujeres dentro del relato historiográfico sobre la dictadura uruguaya, tomando como punto de partida la fuga de las 38 presas políticas de la cárcel de Cabillo. Más adelante, en el marco del Proyecto Integral II Cuidado Humano, Derechos e Inclusión Social de la Licenciatura en Trabajo Social, se llevó adelante la investigación *Entre la Revolución y la Resistencia: el impacto del rol de las mujeres cisgenero del Movimiento de Liberación Tupamaros en contexto de encierro durante la dictadura cívico- militar (1973-1985)* en Montevideo.

En línea complementaria, la monografía de Licenciatura en Sociología de Catalina Carrasco Morales (2023), *Tercera generación: repercusión de la dictadura uruguaya (1973-1989) en la configuración familiar y vida social de nietas de ex presas políticas*, analizando los efectos transgeneracionales de la prisión política y procesos de transmisión de la memoria dentro de los entornos familiares.

En conjunto, estos antecedentes permiten observar un creciente interés académico por recuperar las experiencias de las mujeres vinculadas al terrorismo de Estado desde diversas

perspectivas. Sin embargo, persiste una escasa producción centrada específicamente en la problematización de los procesos de invisibilización de los roles desempeñados por las mujeres en contexto de dictadura cívico- militar en Uruguay y cómo estas historias fueron posteriormente recordadas, narradas o relegadas dentro de la historia reciente.

Marco Metodológico

El propósito de esta investigación consiste en trascender la mera búsqueda de una respuesta unívoca y concluyente, adoptando un diseño metodológico cualitativo. La naturaleza distintiva de la investigación cualitativa radica en que su diseño es reconocible por su carácter inductivo, abierto, flexible, cíclico y emergente. Esto denota que surge de manera que pueda ajustarse y desarrollarse en consonancia con la evolución del conocimiento que se va construyendo sobre la realidad del objeto de estudio (Bisquerra, 2004).

En términos de recopilación de datos, se utilizará la entrevista como medio de aproximación, utilizando un enfoque que se basa en la realización de entrevistas semiestructuradas con informantes clave pertenecientes a la población objetivo elegida. La entrevista se distingue por su carácter conversacional, siendo una interacción basada en una charla entre la persona que entrevista y el entrevistado. En estos roles, la primera guía, establece pautas y contribuye al flujo del diálogo con una dirección argumentativa específica. Por lo tanto, se espera que la entrevistada pueda mantener una coherencia razonable y una estructura no predefinida en sus respuestas, lo cual permite revelar elementos que cumplen con el propósito previsto (Corbetta, 2003).

La investigación se llevó a cabo a través de estas entrevistadas las mujeres del MLN-T. Estas historias son las formas en las que una persona narra su vida en base a las interpretaciones meramente personales de las mismas y el significado de estas en las diferentes relaciones sociales. Los seres humanos actúan en base a los significados que las cosas o eventos tengan para ellos. Estos relatos son narrados desde una perspectiva individual, describiendo cómo enfrentar ciertas situaciones en sus vidas personales y cómo estas impactan en su bienestar (Blumer, 1969). Estas experiencias fueron registradas y agrupadas como grabaciones de audio que se examinaron a lo largo del proceso de investigación.

Es así que, para lograr esto se realizó una breve pauta de entrevista en la cual se construyeron preguntas disparadoras, lo que llevó a sugerir las siguientes interrogantes. Dentro de la militancia del MLN, las mujeres y los hombres cumplían roles fuertemente diferenciados? ¿A que piensa que se debe esto?, ¿Crees que los problemas que trajo la militancia clandestina fueron diferentes para las mujeres que para los hombres? Se juzga de la misma forma?, ¿Cómo definirías la militancia política de la época desde el rol de las mujeres? ¿Considera que la historia contada desde las mujeres es diferente a la de los hombres ?

Estas entrevistas se plantean como un medio para formular respuestas que no sólo sean desencadenantes de nuevas interrogantes, sino que generen un proceso de retroalimentación y acompañamiento de los testimonios. De este modo, se aspira a comprender y desvelar las dinámicas que el sistema hegemónico construye en el intento de mantener un status quo imperante. A su vez, se entiende que es necesario poseer habilidades y conocimientos para abordar el tema a investigar de manera sensible y reflexiva, prestando una atención especial a las narradoras.

Para el desarrollo de la investigación se recurrió a una combinación de técnicas de producción de información que permitieron articular distintas fuentes de análisis. El diseño metodológico combinó:

- revisión bibliográfica especializada.
- entrevistas semiestructuradas.

Las entrevistas constituyen el núcleo empírico del trabajo. Se realizaron a tres mujeres militantes del MLN-T cuyas trayectorias atravesaron el período dictatorial desde experiencias distintas pero complementarias:

- Lucía Topolansky - Lucia
- Nélica “Chela” Fontora- Chela
- Ana

La selección de estas entrevistadas respondió a la intención de recuperar experiencias heterogéneas vinculadas a diferentes formas de militancia dentro del movimiento, incluyendo participación sindical, militancia política, prisión política, clandestinidad y exilio.

Las entrevistas se desarrollaron en espacios acordados con las entrevistadas, privilegiando contextos de intimidad y confianza que permitieran sostener relatos atravesados por experiencias de alta carga emocional. Dos de ellas se realizaron en domicilios particulares y una en la Facultad de Ciencias Sociales, respetando el deseo de la entrevistada.

La elección de entrevistas semiestructuradas y abiertas, permitió orientar la conversación en torno a ciertos ejes temáticos sin clausurar la posibilidad de que emergieran recuerdos, reflexiones o dimensiones no previstas inicialmente. Tal como señala Corbetta (2003), la entrevista cualitativa puede entenderse como una interacción conversacional que favorece la expresión subjetiva de la experiencia y habilita la articulación entre memoria individual y contexto social.

Una de las principales herramientas metodológicas utilizadas en esta investigación fueron los relatos de vida de mujeres militantes, reconstruidos a través de entrevistas en profundidad y complementados con testimonios presentes en libros. La articulación entre estas voces, sus memorias y las fuentes bibliográficas permitió construir un análisis atravesado no sólo por los acontecimientos históricos, sino también por las subjetividades, emociones y sentidos que estas mujeres elaboran sobre sus propias trayectorias.

Se realizaron un total de 3 entrevistas. En este sentido, resulta importante señalar que los nombres utilizados a lo largo de esta investigación responden a la forma en que las propias entrevistadas decidieron ser nombradas e identificadas. Todas fueron consultadas respecto a la utilización de sus nombres y testimonios, respetando así no solo su voluntad, sino también el posicionamiento ético y político que atraviesa este trabajo. En uno de los casos, incluso, se optó por la utilización de un nombre ficticio a pedido de la entrevistada. Esta decisión no constituye un aspecto menor, sino que forma parte de la intención de esta investigación de tensionar los mecanismos de invisibilización que históricamente atravesaron los relatos de muchas mujeres militantes, recuperando sus voces desde el reconocimiento de sus propias formas de nombrarse y habitar la memoria.

Las mujeres entrevistadas, compañeras entre sí, lograron entrelazar mediante sus relatos experiencias profundamente atravesadas por la intimidad, la militancia, el dolor y la resistencia. Si bien compartieron un mismo contexto histórico y político, cada una transitó la militancia desde lugares y experiencias diferentes, dando cuenta de la diversidad de roles, responsabilidades y trayectorias existentes dentro del MLN-T durante el período dictatorial.

La primera entrevista fue realizada a Lucía Topolansky, militante que ingresó al Movimiento de Liberación Nacional–Tupamaros (MLN-T) en el año 1967 y que actualmente continúa vinculada al Movimiento de Participación Popular (MPP). Durante su juventud cursó estudios en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de la República, en un contexto marcado por una creciente efervescencia política y social. A lo largo de su trayectoria ocupó diversos espacios de militancia y representación política, llegando posteriormente a desempeñarse como vicepresidenta de Uruguay. En la actualidad, continúa ligada tanto a la actividad política como al trabajo rural, manteniendo una fuerte presencia dentro de la vida pública.

La segunda entrevistada fue “Chela” Nélide Fontora, mujer cañera y referente sindical cuya militancia comenzó a temprana edad dentro del sindicato de la caña en el interior del país, para luego incorporarse al MLN-T. Su trayectoria militante estuvo fuertemente vinculada a la UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas), organización fundada en 1961 y central en las luchas obreras rurales del período. Actualmente integra CRY SOL, organización vinculada a la defensa de los derechos humanos y a la construcción de memoria sobre el terrorismo de Estado en Uruguay.

Lucía y Chela compartieron no solo la experiencia de la militancia y la prisión política, sino también la participación en la denominada “Operación Estrellas” (30 de junio de 1971), considerada la mayor fuga de una cárcel de mujeres en la historia. Ambas fueron detenidas y torturadas por el Estado uruguayo en el período previo a la dictadura y durante la misma, atravesando centros de reclusión marcados por la violencia, la tortura y el disciplinamiento. Sin embargo, lejos de quebrar sus convicciones políticas, esas experiencias consolidaron formas de resistencia y sostén colectivo que continúan atravesando sus memorias hasta el presente.

La última entrevista fue realizada a Ana, militante del MLN-T cuyos primeros pasos en la militancia estuvieron ligados al centro de estudiantes del Instituto de Química. A partir de allí comenzó una participación política que la llevó a ocupar espacios de relevancia dentro de la organización. Durante la dictadura debió exiliarse junto a sus hijos y, aun desde el exilio, continuó desarrollando tareas fundamentales para el movimiento, particularmente vinculadas a la gestión de documentación y al sostenimiento organizativo, reafirmando una militancia atravesada por el compromiso político incluso en condiciones de profunda adversidad.

Marco teórico

Este capítulo no se presenta como un simple glosario de conceptos, sino como un andamiaje interpretativo que busca comprender cómo se configuró la participación de las mujeres del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) durante el período dictatorial (1973–1985) en Montevideo, y de qué manera esas experiencias fueron narradas, reconocidas - desplazadas-dentro de la memoria social y política.

Lo que aquí se pone en juego no es únicamente aquello que las mujeres vivieron, sino también lo que la narrativa histórica hizo con esas experiencias. A lo largo del tiempo se consolidó un discurso que tendió a privilegiar determinadas figuras y formas de militancia, otorgando centralidad y heroicidad a los protagonistas masculinos, mientras muchas de las experiencias sostenidas por mujeres quedaron relegadas a zonas periféricas del relato. Lejos de tratarse de un proceso casual, esto respondió a lógicas históricas, culturales y patriarcales que atravesaron la construcción misma de la memoria colectiva.

Las categorías desarrolladas en este capítulo no son utilizadas como etiquetas rígidas aplicadas sobre historias de vida. Por el contrario, se entrelazan con ellas, las tensionan, las interpelan y permiten abrir nuevas lecturas sobre aquello que durante años permaneció invisibilizado o parcialmente narrado. En este sentido, las herramientas teóricas aquí reunidas orientan el análisis de la investigación y funcionan como claves para problematizar relaciones de poder, jerarquías simbólicas y mecanismos de producción de sentido que incidieron tanto en la experiencia política de las mujeres como en las formas posteriores de recordar y narrar ese pasado.

En particular, se trabaja, en primer lugar, la categoría de género vinculada a la jerarquización del reconocimiento político, en tanto permite problematizar qué prácticas fueron históricamente legitimadas como centrales y cuáles quedaron relegadas a espacios de menor visibilidad. En segundo lugar, se aborda la memoria como un campo de disputa, entendiendo que recordar no implica reproducir el pasado de forma lineal, sino construir

sentidos desde el presente, en tensión permanente con relatos hegemónicos, silencios y mecanismos de exclusión.

En tercer lugar, se incorpora la resistencia como categoría analítica, con el objetivo de complejizar la lectura sobre la participación de las mujeres dentro del MLN-T, evitando reducir sus trayectorias a funciones asignadas o subordinadas. Esta categoría permite reconocer cómo, incluso en contextos atravesados por la violencia dictatorial, las mujeres desplegaron prácticas de agencia, organización y sostén colectivo que tensionaron tanto el orden represivo como las jerarquías sexo-genéricas presentes en la propia cultura política de la época.

Por último, se trabaja la invisibilización como un efecto estructural que no remite únicamente a la ausencia de las mujeres en los relatos históricos, sino también a formas específicas de desplazamiento simbólico, donde determinadas experiencias, voces y memorias quedaron sistemáticamente ubicadas en los márgenes, demorando su ingreso al relato público y a los procesos de reconocimiento colectivo.

Estos núcleos analíticos no se presentan como compartimentos estancos, sino como dimensiones que se traman entre sí y que serán retomadas a lo largo del análisis de los testimonios. En ese sentido, el capítulo busca sostener una lectura situada y rigurosa, coherente con la pregunta de investigación y con la apuesta política y ética que atraviesa esta monografía: contribuir a una reconstrucción del pasado reciente que no reproduzca, sin cuestionamiento, las jerarquías que históricamente organizaron el reconocimiento de la acción política.

La reconstrucción de la memoria reciente en Uruguay no ha sido un proceso neutro. La narrativa consolidada en torno al período dictatorial tendió a privilegiar determinadas figuras, trayectorias y gestas, construyendo una jerarquización del reconocimiento político que colocó en el centro a los liderazgos masculinos y desplazó a un segundo plano las experiencias de las mujeres militantes. Esta distribución desigual del reconocimiento no puede entenderse como una omisión casual, sino como parte de tramas históricas y culturales que delimitan quiénes son reconocidos como sujetos legítimos de la acción política.

Por eso, la pregunta por el rol de las mujeres dentro del MLN-T durante el período dictatorial y la narrativa posterior sobre los mismos no se resuelve enumerando tareas o funciones. El problema es más profundo: remite a cómo esas acciones fueron leídas,

valoradas y posteriormente incorporadas – o no- al relato público. No se trata solamente de sí participaron más o menos, sino bajo qué criterios se reconoció como “política” una práctica, y bajo qué criterios otras quedaron reducidas a un lugar secundario.

En este sentido, la épica revolucionaria construida en clave heroica -frecuentemente asociada a la acción armada y a la figura del combatiente visible- funcionó como marco simbólico que jerarquizó ciertas formas de militancia por sobre otras. Aquellas tareas vinculadas a la logística, la organización interna, la gestión de documentación, el sostén afectivo o incluso las estrategias de supervivencia en el encierro, quedaron en una zona de menor visibilidad pública, aun cuando resultaron estructurales para la continuidad del movimiento. La jerarquización no se expresa sólo en lo que se recuerda, sino en cómo se recuerda y en qué se consagra como central.

Género Memoria como campo de disputa.

Para comprender estas dinámicas resulta imprescindible incorporar la categoría de género como herramienta analítica. Siguiendo a Scott (1990), el género no debe entenderse como una característica individual ni como una diferencia biológica, sino como una categoría útil para el análisis histórico en tanto permite examinar cómo las diferencias entre los sexos se convierten en relaciones sociales de poder. El género organiza simbólicamente la sociedad, define expectativas, delimita roles y legitima desigualdades, incluso allí donde se intentan disputar órdenes establecidos.

Desde esta perspectiva, la invisibilización de las mujeres dentro del MLN-T no puede desligarse de las estructuras sexo-genéricas que atravesaban la cultura política de la época. Incluso en movimientos que se proponían transformar el orden social, las jerarquías de género no desaparecen automáticamente. Como plantean Leache y Llombart (2009), el género opera como dispositivo de poder en tanto produce subjetividades y regula las relaciones entre varones y mujeres. No se trata únicamente de quién ocupa ese lugar, sino de cómo se valora ese lugar, qué legitimidad se le asigna y qué reconocimiento político produce.

En diálogo con esto, Bourdieu (2000) permite pensar cómo ciertas jerarquías se sostienen sin necesidad de imponerse de manera explícita. La dominación masculina opera también como estructura simbólica incorporada, delimita lo pensable, lo visible y lo valioso dentro de un espacio social. En clave militante, esta perspectiva habilita a interrogar cómo se distribuyeron roles, cómo se valoraron determinadas prácticas y cómo se naturalizó que algunos aportes quedarán bajo sombra, incluso cuando eran indispensables. No necesariamente como efecto de decisiones conscientes, sino como resultado de disposiciones históricas sedimentadas que organizan la percepción y el reconocimiento.

Así, analizar el rol de las mujeres dentro del MLN-T durante el período dictatorial y la retórica de los mismos en el período postdictatorial implica problematizar no solo las funciones que desempeñan (ron), sino también los mecanismos mediante los cuales su participación fue narrada, reconocida o silenciada. El género, en este trabajo, no aparece como una variable descriptiva, sino como una categoría estructurante que permite develar las relaciones de poder que atravesaron tanto la experiencia militante como la construcción posterior de la memoria histórica. No se trata únicamente de incorporar presencias, sino de tensionar los criterios mediante los cuales ciertas prácticas fueron consagradas como centrales y otras quedaron en los márgenes.

Si el reconocimiento político no se distribuye de manera neutral, la memoria tampoco lo hace. La memoria colectiva no puede comprenderse como un archivo pasivo de acontecimientos pasados, sino como un campo dinámico de disputa, selección y resignificación, donde determinadas experiencias adquieren centralidad mientras otras quedan desplazadas hacia los márgenes del relato público. Recordar implica siempre una operación social y política: decidir qué voces se legitiman, qué acontecimientos se vuelven narrables y qué silencios son naturalizados como parte de la historia.

En este sentido, la memoria también quedó atravesada por la hegemonización de una sociedad patriarcal que condiciona los modos de narrar el pasado y sesgó los relatos históricos contruidos sobre la experiencia política. No se trata únicamente de que algunas mujeres hayan sido olvidadas, sino de que los criterios mismos mediante los cuales se organizó la memoria pública respondieron a relaciones de poder que jerarquizaron ciertas formas de militancia, ciertos cuerpos y ciertas voces por encima de otras. Por ello, jerarquizar la memoria es precisamente aquello que no puede aceptarse sin cuestionamiento. Decidir qué se narra, qué trasciende y qué termina perdiéndose en el tiempo tiene un peso profundo en la

construcción de la historia colectiva, y de ninguna manera esos mecanismos pueden ser asumidos como naturales o inevitables.

En el caso de la historia reciente uruguaya, la memoria sobre el período dictatorial estuvo atravesada por disputas, silencios y procesos de resignificación que no pueden desligarse de las relaciones de poder vigentes.

Como plantea Jelin (2020),

La memoria se produce cuando existen individuos que comparten una cultura y agentes sociales que buscan dar forma a estos significados del pasado en varios procesos culturales, que son concebidos o se convierten en vehículos de la memoria. Además, se comprende que la memoria es un terreno de conflicto, a menudo influenciado por actores políticos que, a través de sus vivencias personales, moldean cómo recuerdan y olvidan ciertos acontecimientos, dando forma al pasado en función del presente y con el objetivo de construir un futuro específico. (p. 37)

La memoria no es el pasado en sí mismo, sino el modo en que ese pasado cobra sentido desde el presente. Recordar u omitir constituye una práctica situada, donde la experiencia vivida se articula con las interpretaciones actuales y con los horizontes de futuro. El pasado, entonces, no vuelve intacto, se reconstruye desde el hoy y también desde aquello que se desea que el mañana no repita.

Desde esta perspectiva, las narraciones de las mujeres militantes del MLN-T no se reducen a una reconstrucción de hechos. Al tomar la palabra, reordenan el sentido de los acontecimientos que atravesaron sus trayectorias: la clandestinidad, el encierro, el exilio, la tortura y las múltiples formas de resistencia desplegadas en contextos de violencia estatal. La memoria aparece así no sólo como relato, sino como acto político. Una intervención que vuelve a poner en movimiento aquello que durante años fue detenido, reducido o encerrado en versiones ajenas. A su vez, la autora permite comprender que la memoria es un terreno de conflicto, donde distintos actores disputan sentidos sobre el pasado desde las necesidades, tensiones y proyectos del presente.

Esto resulta especialmente relevante al abordar los testimonios de mujeres militantes, ya que sus relatos no solo agregan información a una historia ya construida, sino que tensionan el marco mismo desde el cual esa historia fue narrada. Según Jelin (2002), mujeres y varones desarrollan formas diferenciadas de recordar, no por una esencia natural, sino por las posiciones sociales, políticas y corporales desde las cuales atravesaron los acontecimientos. En esa línea, Sapriza (2009) advierte que, durante la tortura, se expresó de forma extrema la asimetría de poder entre varones y mujeres, dejando expuesta la relación entre cuerpo, género, poder e ideología. Por eso, escuchar a estas mujeres no es un gesto complementario, sino una necesidad analítica para comprender dimensiones de la experiencia política que fueron históricamente subordinadas.

Como señala Sapriza (2009), el ejercicio de recordar puede comprenderse como una relación intersubjetiva en la que se cruzan memoria individual, contexto colectivo, representaciones sociales, marcas generacionales e ideológicas. La memoria personal, por tanto, nunca aparece aislada, contiene huellas de su tiempo, de los lenguajes disponibles para narrar y de las condiciones sociales que habilitan o dificultan la palabra. En los casos vinculados a experiencias límite, como la prisión política, la tortura o el exilio, recordar supone además enfrentarse a heridas que no siempre encuentran cierre. Cuando se intenta forjar recuerdos de momentos en el pasado que involucran "experiencias límites", nos enfrentamos a la ausencia de un cierre que permita sanar las heridas. Sin embargo, los procesos de construcción de memorias son inherentemente inacabados, lo que les otorga un carácter creativo y productivo (Jelin, 2008).

En este marco, el recurso más potente de estas mujeres en el presente no es el armamento ni la acción clandestina, sino la posibilidad de narrar su verdad. Como plantea Klingler (2021), el cuerpo conserva huellas que no desaparecen simplemente con el paso del tiempo, y aquello que no logra ser nombrado corre el riesgo de quedar fuera del registro social. Hablar, entonces, no es únicamente recordar, es afirmarse como sujeto político y disputar la forma en que el pasado ha sido contado.

Hablar de memorias significa hablar del presente. En verdad, la memoria no es el

pasado, sino la manera en que los sujetos construyen un sentido del pasado, un pasado

que cobra sentido en su enlace con el presente en el acto de rememorar/olvidar;

también en función de un futuro deseado. El presente contiene y construye la experiencia pasada y las expectativas futuras. Y en ese punto de intersección complejo, en ese presente donde el pasado es el espacio de la experiencia y el futuro es el horizonte de expectativas, es donde se produce la acción humana. (Jelin, 2020, p.607).

En las voces de las mujeres militantes del MLN-T se condensa una experiencia personal, política y colectiva que interpela los relatos ya establecidos sobre la dictadura uruguaya. Sus memorias no buscan simplemente ocupar un lugar dentro de una narrativa previa, sino cuestionar las condiciones que hicieron posible su silenciamiento.

Trabajar con la memoria implica asumir que la historia no está compuesta únicamente por aquello que ocurrió, sino también por aquello que fue narrado, por lo que se decidió callar y por lo que aún pugna por ser reconocido. En esa decisión de hablar y escuchar se juega algo más que la reconstrucción del pasado sino la posibilidad de disputar los sentidos del presente y de abrir un lugar para que la memoria no sea una repetición jerarquizada de la historia, una práctica viva, crítica y profundamente política.

Resistencia: entre lo cotidiano y lo político.

La noción de resistencia resulta indispensable para comprender la experiencia de las mujeres del MLN-T en el contexto dictatorial. No obstante, la resistencia no puede reducirse únicamente a gestos heroicos, a acciones armadas o a confrontaciones directas con el aparato represivo del Estado. En esta investigación se propone ampliar la categoría, desplazándose de una lectura exclusivamente épica hacia una comprensión más compleja, situada y cotidiana.

En contextos de terrorismo de Estado, donde la disciplina y el castigo buscan producir cuerpos dóciles y subjetivados (Foucault, 1976), resistir no siempre implica enfrentarse frontalmente al poder. En muchos casos, la resistencia se sostuvo en gestos pequeños, silenciosos y profundamente colectivos. Resistir también era sostener la palabra cuando todo

buscaba imponer silencio; compartir una carta para mantener vivo el lazo con el afuera; cuidar a una compañera en medio del encierro; organizar la cotidianeidad entre el horror y preservar una memoria común frente a los intentos de fragmentación. Allí, muchas mujeres se transformaron en constructoras y guardianas de la unidad política, sosteniendo lo colectivo incluso cuando el terrorismo de Estado intentó destruirlo todo.

Estas prácticas, aunque no siempre reconocidas como acciones políticas centrales, constituyen modos concretos de disputar el intento de anulación subjetiva.

Desde esta perspectiva, la resistencia no se agota en el momento de la militancia armada, sino que se prolonga en el encierro, en el exilio y en la reconstrucción posterior de la memoria. La cárcel, lejos de reducirse únicamente a un dispositivo de castigo, vigilancia y disciplinamiento, se transforma también en un espacio profundamente atravesado por disputas humanas, políticas y simbólicas. Incluso en medio del encierro y de la violencia sistemática, emergen formas de reorganización afectiva y colectiva que permiten sostener la vida, reconstruir sentidos y resistir a los intentos de fragmentación subjetiva impuestos por el terrorismo de Estado. Allí, donde el poder buscó quebrar cuerpos, aislar vínculos y destruir identidades políticas, muchas mujeres lograron construir redes de contención, memoria y resistencia que resignifican el propio espacio carcelario.

Las prácticas de cuidado, la circulación de saberes y la construcción de vínculos entre mujeres pueden ser leídas como estrategias de preservación identitaria frente a la violencia estatal.

Asimismo, resulta pertinente tensionar la jerarquización tradicional de las formas de resistencia. Las grandes acciones visibles suelen ocupar el centro del relato histórico, mientras que las prácticas cotidianas quedan relegadas a un segundo plano. Sin embargo, como señalan diversas autoras feministas, las transformaciones estructurales también se sostienen en micro-rupturas, en gestos reiterados que erosionan silenciosamente el orden impuesto. En este sentido, la resistencia cotidiana no debe ser entendida como menor, sino como una dimensión indispensable para comprender la supervivencia política y subjetiva de estas mujeres.

Incorporar la resistencia como categoría analítica permite, entonces, complejizar la lectura del rol de las mujeres dentro del MLN-T, evitando reducir su participación a funciones asignadas o invisibilizadas. Permite observar cómo, incluso en condiciones

extremas, las mujeres desplegaron prácticas de agencia que desafían tanto la violencia dictatorial como las jerarquías sexo-genéricas presentes en la propia cultura política de la época.

Invisibilización como efecto estructural

Hablar de invisibilización no es hablar de ausencia absoluta. En el caso de las mujeres militantes del MLN-T, la invisibilización opera, muchas veces, como una forma de presencia desplazada, están en la historia, pero no en el centro; aparecen en los márgenes del relato, como si su intervención fuese complemento y no estructura. No se trata únicamente de que sus experiencias no hayan sido narradas, sino de cómo fueron narradas y bajo qué condiciones ingresaron -o quedaron fuera- de los circuitos de legitimación política e histórica.

La invisibilización se produce allí donde el reconocimiento se distribuye de forma desigual, la memoria colectiva se organiza en torno a jerarquías simbólicas que establecen qué prácticas adquieren valor político y cuáles quedan relegadas. En este marco, la épica revolucionaria, asociada a la figura del combatiente visible y al liderazgo masculino, tendió a consolidarse como lenguaje privilegiado y casi único para recordar la militancia, dejando en un segundo plano otras dimensiones de la acción política, la organización interna, la logística, la circulación de información, la construcción de redes, el sostén cotidiano y las estrategias de resistencia desplegadas en el encierro.

Esta operación no es solo historiográfica, es también cultural. La invisibilización no aparece como un error del relato, sino como un efecto de estructuras sexo-genéricas que organizan la percepción de lo valioso, lo legítimo y lo reconocible. En este sentido, el género actúa como criterio de lectura del pasado: define qué cuerpos se asocian a la acción política central y qué cuerpos se vinculan a tareas consideradas “secundarias”, aun cuando resulten indispensables.

Hay, además, una forma específica de invisibilización que no se produce por el silencio de quienes vivieron los hechos, sino por la falta de interpelación. En investigaciones previas se recoge una frase que condensa esta dimensión: "Yo más bien diría que casi nadie nos preguntó" (Licitra, 2018, pág. 187). La ausencia de pregunta es también una forma de orden, delimita qué historias se vuelven narrables en el espacio público y cuáles permanecen confinadas a lo íntimo, a lo que se dice entre pocas, a lo que no encuentra audiencia.

Desde esta perspectiva, la invisibilización se vincula con los modos en que se construye la figura del sujeto político. Si el sujeto político aparece en masculino -en los relatos, en los monumentos, en las cronologías, en las memorias organizadas-, las mujeres quedan atrapadas en una doble operación: por un lado, su participación se diluye en un “nosotros” que no las nombra; por otro, cuando aparecen, suelen hacerlo bajo categorías que recortan su agencia o la traducen en términos auxiliares.

Sin embargo, el punto central de este trabajo no es confirmar la invisibilización como dato cerrado, sino comprender sus mecanismos. ¿Cómo se produce? ¿Qué condiciones la sostienen? ¿Qué criterios definen el reconocimiento? ¿Qué formas de acción quedan consagradas como heroicas y cuáles como silenciosas? Estas preguntas permiten desplazar el problema de la falta de visibilidad hacia el análisis de las estructuras que la generan.

En este marco, los relatos de las mujeres se vuelven especialmente relevantes, no solo por lo que narran, sino por lo que interrumpen. Cada testimonio, cada recuerdo compartido, cada gesto, cada palabra, desarma un orden previo del relato, no como revancha, sino como disputa por sentido. Porque si la memoria es un campo, entonces la invisibilización no es un destino, es una construcción histórica que puede ser puesta en cuestión.

Entrelazadas por la resistencia: cosechar memoria.

En el camino cotidiano, las historias se entrelazan, se retroalimentan y desbordan cualquier intento de transcripción total. Hay emociones que exceden las palabras, recuerdos que irrumpen con una intensidad imposible de capturar por completo. Escuchar estos relatos implica mucho más que oír, implica poner el cuerpo entero en la escucha, habilitar un espacio donde la palabra pueda emerger sin apuro, sin juicio y sin silencios impuestos.

Cada una de estas mujeres cargaba consigo un mundo distinto, aunque profundamente atravesado por experiencias comunes. Y es allí donde aparece algo que trasciende el mero hecho de “lo que pasó”, para situarse en aquello que efectivamente les pasó. Existe una diferencia profunda entre narrar acontecimientos y narrar las marcas que esos acontecimientos dejaron sobre el cuerpo, la vida y la memoria. La memoria aparece entonces

como una presencia persistente, un susurro constante y, al mismo tiempo, un grito imposible de callar. Una herida que no termina de cerrar del todo.

Las historias avanzan entre tiempos fragmentados. Comienzan en momentos distintos, se mezclan, se superponen y se cruzan constantemente. Resulta difícil sostener una linealidad porque no se trata únicamente de relatos individuales; cada historia personal termina narrando, inevitablemente, la experiencia colectiva de muchas otras mujeres. Allí la memoria se construye desde múltiples temporalidades y desde una trama común de dolor, resistencia y persistencia.

En este sentido, la memoria funciona como hilo conductor de aquello que ocurrió, pero también de aquello que fue silenciado, desplazado o relegado dentro de las narrativas históricas dominantes. Tal como sostiene Jelin (2020), la memoria constituye un terreno de disputa donde no todas las voces acceden al mismo nivel de legitimidad política y social.

Chela menciona cómo ser mujer militante poseía una connotación profundamente negativa en aquellos años:

Estando en el sindicato por supuesto se sentía, creo que todas las mujeres lo sentíamos, la desigualdad en lo que era la responsabilidad. Se creía que las mujeres no podían tener la responsabilidad que tenían los compañeros” (Chela, entrevista, 30 de agosto de 2023).

La participación de las mujeres en el escenario político implicó una ruptura con el orden patriarcal establecido, cuestionando estructuras históricamente organizadas desde la centralidad masculina. Desde los aportes de Ruiz y Sanseviero (2012), puede comprenderse cómo las mujeres militantes atravesaban trayectorias profundamente obstaculizadas por mandatos de género que las ubicaban en lugares de dependencia, subordinación y silenciamiento, limitando sus posibilidades de reconocimiento político.

Chela relataba que sostener la militancia implicaba una exigencia profundamente desigual. Entre la crianza, las tareas domésticas, el trabajo y las responsabilidades sindicales, el esfuerzo requerido para permanecer activa políticamente era considerablemente mayor. Sin embargo, lejos de convertirse en un impedimento, esta sobrecarga evidenció su enorme capacidad de agencia, demostrando que podía sostener responsabilidades políticas y sindicales al mismo nivel que sus compañeros varones.

Yo siento que tenía que cumplir un doble rol, yo tenía que cuidar a los niños, limpiar el rancho, venir a trabajar, hacer el pan en el campamento, cortar la leña... (Chela, entrevista, 30 de agosto de 2023).

la militancia femenina en muchos casos estuvo atravesada por una doble exigencia constante, sostener la participación política mientras continuaba recayendo sobre ellas las tareas de cuidado y reproducción de la vida cotidiana. La división sexual del trabajo persistía incluso dentro de espacios revolucionarios que buscaban disputar los espacios.

No obstante, reducir la experiencia de Chela a una lectura centrada únicamente en la sobrecarga o la victimización implicaría simplificar la complejidad de su trayectoria. Su relato también permite reconocer una apropiación activa del espacio político y sindical. Al asumir tareas históricamente consideradas impropias para las mujeres —trabajar en la caña, ocupar cargos sindicales y participar en espacios de decisión— no solo ocupó espacios tradicionalmente masculinizados, sino que también tensionó desde dentro las lógicas que organizan esos espacios.

En este sentido, la disputa por el reconocimiento no se limitó exclusivamente a la resistencia frente a la dictadura, sino que también se expresó en negociaciones cotidianas dentro del propio movimiento político, donde las jerarquías sexo-genéricas continuaban operando incluso en proyectos que buscaban transformar el orden social. El análisis de esta dimensión permite complejizar la lectura del rol de las mujeres, evitando tanto la idealización como la simplificación.

La experiencia de Chela evidencia que la participación femenina no fue secundaria ni accesorio; fue estructural, aunque no siempre reconocida en igualdad de condiciones. Problematicar esta jerarquización no implica deslegitimar la lucha colectiva, sino ampliar el campo de análisis para comprender cómo las revoluciones también están atravesadas por las marcas del orden que buscan transformar.

Las vidas comienzan lentamente a cruzarse dentro de un mismo entramado de dolor, resistencia y memoria. Historias distintas que, aun transitando caminos diferentes, terminan encontrándose en las marcas que dejó el terrorismo de Estado sobre sus cuerpos y sus vidas. Allí las experiencias individuales dejan de ser únicamente relatos personales para transformarse también en memoria colectiva.

Lucía comienza relatando que atravesó prácticamente todo el período dictatorial privada de libertad. Gran parte de su experiencia transcurre dentro de la cárcel, aunque en su relato emergen también acontecimientos previos que forman parte de su trayectoria militante. Su historia no inicia directamente en el encierro, sino mucho antes, en una militancia que ya había sido perseguida incluso antes del golpe de Estado.

Resulta imposible pensar su relato sin recuperar las fugas de la cárcel de Cabildo, particularmente la denominada “Operación Estrella”, considerada una de las fugas de mujeres más grandes de la historia del Mundo. Allí aparece una dimensión profundamente colectiva de la resistencia: la organización, la planificación y el sostén mutuo como formas de disputar incluso las condiciones más extremas de control.

No fue una sola fuga previa al golpe, fueron dos. La unión para lograr el objetivo final era que las compañeras salieran, ese era el cometido. (Lucía, entrevista, 7 de agosto de 2023).

La forma en que Lucía reconstruye estos acontecimientos permite observar cómo la memoria se configura desde un “nosotras” constante. El relato individual nunca aparece completamente separado de las otras compañeras. Por el contrario, la experiencia se reconstruye desde vínculos colectivos que funcionan como resguardo frente al olvido y frente al intento sistemático de fragmentación impuesto por el terrorismo de Estado.

En este sentido, la cárcel no aparece únicamente como un espacio de disciplinamiento y castigo, sino también como un territorio de disputa afectiva, política y simbólica. Allí las mujeres desarrollaron múltiples estrategias para resistir al aislamiento, al miedo y a la destrucción subjetiva.

“Cruzábamos los aprendizajes”, menciona Lucía. “Esa era la forma de no rayarte”.

La circulación de saberes, las conversaciones compartidas, las cartas, los poemas, los dibujos y las expresiones artísticas aparecen entonces no solamente como formas de entretenimiento, sino como verdaderas herramientas de supervivencia emocional y política. La cultura y el conocimiento funcionaban como puentes hacia la vida exterior, pero también como mecanismos para sostener la subjetividad dentro del encierro, “No se resolvía la vida, pero generaba puentes” (Lucía, entrevista, 7 de agosto de 2023).

En los relatos de Lucía y Chela emerge con fuerza la idea de que resistir no implicaba únicamente sobrevivir físicamente, sino también sostener la cordura, preservar la humanidad y evitar la destrucción emocional que el encierro buscaba producir. El terrorismo de Estado operaba no solo desde la violencia material, sino también desde la producción constante de miedo, aislamiento y ruptura de los vínculos colectivos.

Chela expresa:

“Te ponen con las compañeras y después te las sacan”.

La fragmentación de los vínculos funcionaba como una estrategia de disciplinamiento y desgaste subjetivo. Sin embargo, frente a ello, las mujeres construyeron redes de cuidado profundamente significativas. Compartir cartas, hablar de los hijos, cantar juntas o simplemente escucharse mutuamente constituían formas cotidianas de sostener la vida.

“Todo era solidaridad entre nosotras” (Chela, entrevista, 30 de agosto de 2023).

La resistencia aparece entonces desplazada de las nociones tradicionales asociadas únicamente a grandes acciones heroicas. En estos relatos, resistir también significaba cuidar, abrazar, compartir, escuchar y sostener colectivamente la existencia en condiciones extremas. Lo cotidiano adquiere una dimensión profundamente política. A su vez, Lucía relata cómo los militares buscaban generar miedo y enfrentamientos incluso entre las propias presas políticas, “Cuando traían compañeras del Partido Comunista les decían que nosotras íbamos a pelear con ellas, que íbamos a discutir”.

El terror buscaba quebrar la confianza, producir aislamiento y sembrar desconfianza permanente. Sin embargo, frente a ello, las compañeras responden desde el cuidado colectivo:

Las recibíamos con los brazos abiertos, con lo que teníamos. Procurábamos compartir todo, era una forma de cuidarnos (Lucía, entrevista, 7 de agosto de 2023).

En este punto, el cuidado emerge no como una práctica secundaria o privada, sino como una estrategia política de resistencia frente a un sistema que intentaba destruir toda posibilidad de lazo colectivo.

Por otro lado, la experiencia de Ana introduce otra dimensión de la violencia dictatorial: el exilio y la clandestinidad atravesados por la maternidad y la soledad. Su experiencia se diferencia profundamente de la de Lucía y Chela, no porque haya sido menos dolorosa, sino porque estuvo marcada por otras formas de precariedad, incertidumbre y desarraigo. Ana describe una vida sostenida en una libertad profundamente frágil, atravesada por el miedo constante y la necesidad permanente de proteger a sus hijos, “el problema mío era legalizar a los chiquilines de alguna manera” (Ana, entrevista, 27 de septiembre de 2023).

En su relato, la preocupación por garantizar la seguridad y la identidad legal de sus hijos ocupa un lugar central. La maternidad aparece atravesada por la persecución política y por la amenaza constante de pérdida y separación familiar.

Se entendía que los hijos inscriptos legalmente tenían más posibilidad para que las familias los encontraran (Ana, entrevista, 27 de septiembre de 2023).

A diferencia de las experiencias de cárcel colectiva relatadas por Lucía y Chela, Ana transita una resistencia mucho más individualizada y silenciosa. Una vida marcada por el movimiento constante, la incertidumbre y el desarraigo. La aparente libertad del exilio no implicaba necesariamente ausencia de violencia; por el contrario, muchas veces suponía vivir en un estado permanente de alerta y vulnerabilidad.

En este sentido, las distintas trayectorias permiten comprender que no existió una única experiencia femenina de militancia y represión durante la dictadura. Las mujeres atravesaron formas diversas de violencia política, atravesadas además por desigualdades de género que complejizaron aún más sus experiencias de resistencia. Y es allí donde reaparece algo que atraviesa de manera persistente todos los relatos: además de militantes, eran mujeres y muchas veces también madres, “Además de mujeres, éramos madres” (Chela, entrevista, 30 de agosto de 2023).

La maternidad, el cuidado y las responsabilidades domésticas no desaparecieron en la militancia ni en el contexto represivo. Por el contrario, continuaron recayendo fuertemente sobre ellas, configurando experiencias profundamente particulares de resistencia, dolor y supervivencia.

Las memorias comienzan entonces a revelar algo que excede los acontecimientos concretos de la militancia o del encierro. Lo que aparece en los relatos es también el peso subjetivo de haber tenido que reconstruirse constantemente en medio del horror. No se trataba únicamente de resistir a la cárcel, al exilio o a la persecución política, sino también de resistir a la deshumanización permanente que intentaba imponer el terrorismo de Estado.

En este sentido, las entrevistadas no recuerdan solamente hechos; recuerdan sensaciones, silencios, miedos, ausencias y formas de habitar el dolor. La memoria aparece profundamente ligada al cuerpo y a las emociones. Hay recuerdos que permanecen vivos no porque puedan reconstruirse de manera exacta, sino porque continúan habitando el presente desde marcas que todavía persisten.

Las narraciones de estas mujeres permiten comprender cómo el terrorismo de Estado operó también sobre las subjetividades, intentando quebrar identidades políticas, destruir vínculos colectivos y producir aislamiento emocional. Sin embargo, incluso dentro de esas condiciones extremas, las mujeres construyeron formas de resistencia que muchas veces quedaron relegadas dentro de las memorias hegemónicas sobre la militancia y la dictadura.

La historia tradicional tendió a privilegiar determinados relatos asociados a figuras masculinas y a formas de militancia vinculadas principalmente a la acción armada, invisibilizando otras dimensiones fundamentales de la experiencia política. En ese desplazamiento quedaron muchas veces ocultas las tareas de cuidado, el sostén afectivo, la organización cotidiana de la vida y las estrategias colectivas de supervivencia construidas por las mujeres.

Sin embargo, lejos de tratarse de cuestiones “secundarias”, estas prácticas resultaron centrales para sostener la vida y la resistencia política en contextos de extrema violencia. Compartir una carta, escuchar a una compañera, sostener una conversación en medio del encierro o construir pequeñas rutinas colectivas eran también formas de disputar humanidad frente a un sistema que buscaba producir destrucción subjetiva.

En muchos momentos, la resistencia aparece ligada a gestos mínimos, silenciosos y profundamente colectivos. No necesariamente desde actos grandilocuentes, sino desde la persistencia cotidiana de seguir sosteniendo la vida aun cuando todo parecía derrumbarse. Allí lo afectivo y lo político dejan de aparecer como dimensiones separadas.

Las entrevistadas recuperan constantemente la importancia de las otras compañeras como sostén emocional y subjetivo. El cuidado mutuo emerge como una práctica indispensable para atravesar el encierro, el miedo y la incertidumbre. En este punto, la solidaridad entre mujeres adquiere una dimensión profundamente política, funcionando como una forma de resistencia frente a las lógicas de fragmentación impuestas por el terrorismo de Estado.

La cárcel aparece reiteradamente definida como un “campo de batalla”. No únicamente por las violencias físicas sufridas, sino por el desgaste psicológico constante, el hostigamiento, la humillación y las múltiples formas de violencia simbólica dirigidas específicamente hacia las mujeres.

Chela menciona que “siempre fuimos hostigadas, la cárcel era un campo de batalla” (Chela, entrevista, 30 de agosto de 2023).

El hostigamiento sobre los cuerpos femeninos ocupó un lugar central dentro de las prácticas represivas. La sexualización constante, los insultos, las humillaciones y la construcción de las mujeres militantes como “putas”, “busconas” o mujeres desviadas moralmente operaban como mecanismos de disciplinamiento profundamente ligados al orden patriarcal.

En este sentido, la violencia política ejercida sobre las mujeres no puede analizarse separada de las relaciones de género. Muchas de las agresiones estaban dirigidas específicamente hacia aquello que implicaba ser mujer y militante al mismo tiempo. La participación política femenina representaba una amenaza para un orden social profundamente patriarcal que esperaba de las mujeres obediencia, domesticidad y subordinación.

Tal como plantea Vidaurrázaga (2020), el apelativo de “putas” buscaba desacreditar políticamente la militancia femenina, reduciendo sus decisiones políticas a vínculos afectivos o sexuales con varones militantes. De esta manera, sus convicciones políticas eran constantemente deslegitimadas. Incluso dentro del encierro, los cuerpos de las mujeres continuaban siendo objeto de control y vigilancia. Las entrevistadas relatan situaciones en las que debían esconder la ropa interior porque “los calzones excitaban a los milicos”, responsabilizándolas nuevamente por la violencia y el hostigamiento que recibían. Aparece así una lógica profundamente conocida dentro de las estructuras patriarcales: desplazar la

responsabilidad hacia las mujeres, como si siempre hubiera “algo” que justificara la violencia ejercida sobre ellas.

La culpa, la vergüenza y la sexualización funcionaban entonces como dispositivos adicionales de disciplinamiento y sometimiento. Sin embargo, aun en medio de esas violencias, las mujeres construyeron formas de resistencia profundamente potentes. Resistir no implicaba únicamente enfrentarse al aparato represivo estatal, sino también disputar las formas en que eran nombradas, representadas y recordadas.

En este punto, la memoria adquiere nuevamente una dimensión política central. Recordar a estas mujeres únicamente desde el lugar de víctimas implica volver a reducir la complejidad de sus experiencias. Sus relatos muestran mujeres que resistieron, organizaron, cuidaron, sostuvieron y construyeron formas colectivas de supervivencia incluso en los contextos más extremos.

Por eso, recuperar estas memorias implica también disputar las formas en que la historia ha sido narrada. Implica cuestionar qué experiencias fueron legitimadas como políticamente relevantes y cuáles quedaron relegadas a zonas de invisibilidad. La memoria, entonces, no aparece únicamente como recuerdo del pasado, sino como una disputa activa por el sentido de la historia y por el reconocimiento de aquellas experiencias que durante años permanecieron silenciadas.

En este análisis sobre las trayectorias de estas mujeres y retomando la invisibilización como una de las categorías centrales de la investigación, resulta significativo señalar que las tres entrevistadas insisten, de distintas maneras, en la existencia de silencios persistentes, cosas que no se dijeron, experiencias que no encontraron lugar en los relatos oficiales y memorias que permanecieron durante años en zonas de sombra.

En sus relatos aparece de forma reiterada una necesidad urgente: dejar registro, que estas historias permanezcan escritas, que no vuelvan a quedar relegadas al silencio. Existe allí una conciencia profunda de que aquello que atravesaron no forma parte únicamente de una experiencia individual, sino de un fragmento fundamental de la historia política y social del país. Chela menciona: “Ustedes tienen que tener en claro que era un campo de batalla”.

La expresión no remite solamente a la violencia física del encierro, sino también al desgaste emocional, al hostigamiento constante y a la necesidad permanente de resistir dentro

de estructuras pensadas para quebrarlas. Además, su frase parece interpelar directamente a las nuevas generaciones, colocando sobre ellas cierta responsabilidad ética y política: la de hacer visible aquello que durante años permaneció desplazado de la memoria pública: “Somos mujeres y tenemos que dejar dicho lo que nos pasó”.

La insistencia en “dejar dicho” adquiere aquí una enorme densidad política. No se trata únicamente de narrar el pasado, sino de disputar el lugar que esas experiencias ocupan dentro de la historia colectiva. La invisibilización aparece entonces no sólo como ausencia de reconocimiento, sino también como silenciamiento histórico sobre determinadas formas de violencia y resistencia atravesadas específicamente por el género.

Chela incluso agrega:

“Las mujeres luchamos en la oscuridad”.

La frase condensa con enorme fuerza simbólica una dimensión central de esta investigación. La “oscuridad” no refiere únicamente al encierro o a la clandestinidad, sino también al lugar marginal desde el cual muchas mujeres militaron, resistieron y sostuvieron procesos colectivos sin acceder luego al mismo nivel de legitimidad política o reconocimiento histórico que sus compañeros varones.

En este sentido, Lucía expresa:

“Los que escriben la historia tienen que rescatar estas cosas”.

Y agrega: “Ustedes tienen que poner la historia sobre la mesa... para que nos vean”.

Hay en estas expresiones una conciencia explícita sobre la desigual distribución del reconocimiento histórico. Las entrevistadas no plantean haber estado ausentes de los procesos políticos; por el contrario, sus relatos evidencian una participación activa y estructural. Lo que cuestionan es el modo en que esas experiencias fueron posteriormente narradas, recordadas y jerarquizadas.

Desde esta perspectiva, la invisibilización de las mujeres dentro del MLN-T no puede desligarse de las estructuras sexo-genéricas que atravesaban la cultura política de la época. Incluso en movimientos que buscaban transformar radicalmente el orden social, las jerarquías de género no desaparecían automáticamente. Como sostienen Leache y Llombart (2009), el

género funciona como un dispositivo de poder que produce subjetividades y regula las relaciones entre varones y mujeres. No se trata únicamente de quién ocupa determinados espacios, sino también de cómo esos espacios son valorados y legitimados políticamente.

En diálogo con ello, Bourdieu (2000) permite comprender cómo ciertas desigualdades logran sostenerse incluso sin mecanismos explícitos de imposición. La dominación masculina opera también como una estructura simbólica incorporada que organiza aquello que aparece como visible, legítimo y valioso dentro de un campo social determinado. Desde esta perspectiva, resulta posible interrogar cómo determinadas prácticas militantes adquirieron centralidad en la memoria política mientras otras quedaron relegadas a lugares secundarios, aun cuando resultan fundamentales para la sostenibilidad del movimiento.

Hablar de invisibilización, entonces, no implica afirmar ausencia absoluta. Las mujeres estaban allí: organizando, sosteniendo, resistiendo, articulando redes, preservando vínculos y construyendo formas de supervivencia colectiva. Sin embargo, muchas veces su presencia quedó desplazada hacia los márgenes del relato histórico, como si sus aportes constituyeran un complemento y no una dimensión estructural de la militancia.

La invisibilización opera precisamente en esa distribución desigual del reconocimiento. Tal como se desarrolló previamente, la memoria colectiva no se organiza de manera neutral, sino a partir de jerarquías simbólicas que establecen qué prácticas adquieren valor político y cuáles quedan subordinadas. En este marco, la épica revolucionaria asociada al combatiente visible y al liderazgo masculino tendió a consolidarse como lenguaje privilegiado para narrar la militancia, dejando en un segundo plano otras dimensiones igualmente centrales, la logística, el cuidado, la circulación de información, el sostén cotidiano y las estrategias afectivas de resistencia desarrolladas por las mujeres.

Esta operación no es únicamente historiográfica; es también cultural. El género funciona como criterio organizador de la memoria social, definiendo qué cuerpos son asociados a la acción política “central” y cuáles permanecen vinculados a tareas consideradas secundarias, incluso cuando resultaban indispensables para la continuidad del movimiento y para la supervivencia dentro del encierro y el exilio.

Existe además otra dimensión particularmente significativa de esta invisibilización: no necesariamente el silencio de quienes vivieron los hechos, sino la ausencia de preguntas. Tal como aparece en investigaciones previas y dialoga profundamente con esta investigación,

muchas veces no es que las mujeres no hablarán, sino que casi nadie preguntó. Y allí la invisibilización deja de operar únicamente como omisión para convertirse también en una forma de ordenamiento de lo narrable, delimita qué experiencias merecen ser escuchadas públicamente y cuáles quedan confinadas al ámbito íntimo o privado.

En este sentido, los relatos de Chela, Lucía y Ana adquieren una relevancia que excede lo testimonial. Cada palabra compartida interrumpe un orden previo de la memoria. No únicamente por lo que cuentan, sino porque cuestionan las formas históricas de narrar el pasado reciente uruguayo. Sus relatos disputan sentido, complejizan las memorias consolidadas y desplazan la idea de que la participación femenina fue accesorio o secundaria.

La comparación entre las trayectorias de Chela y Lucía permite observar que el rol de las mujeres dentro del MLN-T no se definía únicamente por tareas específicas, sino por su capacidad de sostener proyecto político incluso en condiciones profundamente cambiantes. Antes del golpe, la disputa se centraba muchas veces en obtener legitimidad dentro de estructuras masculinizadas; durante el encierro, la resistencia se orienta hacia la preservación de la identidad colectiva, el sostenimiento emocional y la reorganización cotidiana frente al intento estatal de fragmentación. En ambos escenarios, la acción femenina resulta estructural y no complementaria.

Asimismo, la experiencia relatada por Ana introduce otra dimensión profundamente significativa dentro de esta investigación: el exilio. A diferencia de las experiencias de encierro colectivo narradas por Lucía y Chela, su trayectoria estuvo marcada por el desplazamiento permanente, la incertidumbre y la necesidad de sostener la vida cotidiana en territorios desconocidos, mientras la militancia continuaba atravesando cada aspecto de la existencia. En este contexto, el cuidado de sus hijos emerge como una responsabilidad central y como una preocupación constante que reorganiza el sentido mismo de la supervivencia. En relación con ello, Ana expresa:

Pude proteger... yo tenía la obsesión de que yo tenía que traer vivos a mis hijos a Uruguay. Cuando llegué a Uruguay con mis hijos vivos dije: ‘ya está, ya llegaron’”(Ana, entrevista, 27 de septiembre de 2023).

Este relato permite observar cómo, en contextos de persecución política y exilio, las prácticas de cuidado adquieren una dimensión profundamente política. La protección de sus

hijos aparece no únicamente como una tarea vinculada al ámbito privado o doméstico, sino como una forma concreta de resistencia frente a un contexto atravesado por la violencia, el desarraigo y el miedo constante. La experiencia del exilio implicó para muchas mujeres sostener simultáneamente la supervivencia material, la reconstrucción afectiva y la continuidad de determinados compromisos políticos en escenarios de extrema inestabilidad.

En este sentido, el exilio no puede comprenderse como un tiempo pasivo ni como una instancia de mera espera. Por el contrario, supuso la necesidad de reconstruir vínculos, adaptarse a nuevas dinámicas sociales y reorganizar la vida cotidiana en contextos profundamente adversos. Sin embargo, estas formas de resistencia y sostenimiento cotidiano han quedado frecuentemente relegadas dentro de las narrativas heroicas tradicionales, históricamente más centradas en la acción armada, la clandestinidad o la prisión política masculina. De este modo, muchas de las experiencias transitadas por las mujeres durante el exilio permanecieron desplazadas hacia lugares de menor reconocimiento dentro de las memorias políticas posteriores.

Las trayectorias de Chela, Lucía y Ana permiten identificar un elemento común: la participación de las mujeres dentro del MLN-T durante la dictadura fue sostenida, estratégica y estructural, aunque posteriormente muchas de esas experiencias no hayan ocupado lugares centrales dentro de la memoria pública. La invisibilización no eliminó su acción; alteró el lugar desde donde esa acción fue narrada y reconocida.

Problematizar esta operación no responde únicamente a un ejercicio reivindicativo. Implica, sobre todo, complejizar la comprensión histórica del período y cuestionar las formas en que se construyen las memorias legítimas. Porque si la memoria constituye un campo de disputa, entonces la invisibilización no puede comprenderse como un destino inevitable, sino como una construcción histórica atravesada por relaciones de poder, susceptible de ser interrogada, tensionada y transformada.

En este sentido, las palabras de Ana adquieren una potencia profundamente significativa cuando expresa:

Yo decidí que iba a empezar a hablar de una cantidad de cosas, fundamentalmente por la cantidad de compañeros que la quedaron (Ana, entrevista, 27 de septiembre de 2023).

La decisión de hablar aparece aquí como un acto político en sí mismo. No se trata únicamente de recordar, sino de disputar el sentido de aquello que merece ser contado, conservado y transmitido colectivamente. Hablar implica romper con años de silenciamiento, pero también asumir una responsabilidad ética frente a quienes ya no están y frente a las memorias que históricamente fueron desplazadas hacia los márgenes. Del mismo modo, cuando Ana afirma:

No se mencionaban a los muertos, era nada más nosotros, los presos, sobre todo los varones. No estábamos jugando a la payana, estaríamos haciendo cagadas, pero nos estábamos conectando con grupos guerrilleros de América Latina. (Ana, entrevista, 27 de septiembre de 2023).

Emerge con claridad la tensión existente entre las memorias legitimadas socialmente y aquellas experiencias que quedaron subordinadas dentro de los relatos históricos dominantes. Su testimonio cuestiona la simplificación de la militancia y recupera la densidad política de un proceso que muchas veces fue reducido a narrativas parciales, profundamente masculinizadas y centradas únicamente en determinadas figuras o acontecimientos.

Las experiencias de estas mujeres no transcurrieron en los márgenes de la historia. Por el contrario, formaron parte activa de procesos políticos, organizativos y colectivos profundamente significativos para el Uruguay de la época. Sin embargo, muchas de esas trayectorias quedaron relegadas a zonas de escasa visibilidad, como si ciertas formas de militancia, de resistencia y de sostén cotidiano no constituyeran también dimensiones centrales de la lucha política.

Recuperar estas voces no implica clausurar el debate ni construir una memoria acabada sobre el pasado reciente. Implica, más bien, abrir nuevas preguntas, habilitar otras formas de mirar la historia y reconocer que todavía persisten relatos, experiencias y memorias que continúan disputando un lugar legítimo dentro de la construcción colectiva del pasado.

Reflexiones Finales

La memoria reciente no constituye un territorio acabado ni una verdad inmóvil. Se transforma, se tensiona y se reorganiza constantemente desde las preguntas que cada presente

le formula al pasado. En ese movimiento, determinadas experiencias adquieren centralidad mientras otras permanecen en los márgenes, atravesadas por silencios, desplazamientos y formas persistentes de invisibilización.

La presente investigación no tuvo como propósito establecer una verdad definitiva ni corregir linealmente el relato histórico sobre el Movimiento de Liberación Nacional–Tupamaros. Más bien, buscó abrir una reflexión crítica sobre las formas en que se construyó la memoria política en torno al período dictatorial, problematizando los criterios mediante los cuales ciertos relatos fueron jerarquizados mientras otros quedaron relegados a espacios de menor reconocimiento simbólico.

Las mujeres que participaron del MLN-T no ocuparon un lugar secundario dentro de la historia reciente uruguaya. Sus trayectorias no pueden reducirse al acompañamiento silencioso ni al sostén afectivo de otros protagonistas. Fueron actrices políticas capaces de sostener estructuras organizativas, asumir responsabilidades estratégicas, resistir la tortura, el encierro y el disciplinamiento, manteniendo viva la militancia incluso en contextos atravesados por la violencia extrema del terrorismo de Estado.

A lo largo de esta investigación fue posible observar cómo la memoria también funciona como un espacio de jerarquización del reconocimiento político. Determinadas formas de militancia, asociadas históricamente a figuras masculinizadas del heroísmo y a la confrontación directa, tendieron a ocupar el centro del relato público, mientras otras experiencias vinculadas a la organización cotidiana, al cuidado, al sostén colectivo y a formas menos visibles de resistencia quedaron desplazadas hacia zonas de menor legitimidad histórica. Esto no responde únicamente a decisiones individuales, sino a estructuras culturales y políticas más amplias que establecen qué prácticas son reconocidas socialmente como heroicas y cuáles permanecen en la sombra.

Estas mujeres fueron, sin dudas, constructoras y guardianas de la unidad dentro del ámbito militante y, de algún modo, también dentro de gran parte de las tramas históricas de la izquierda uruguaya atravesada por el contexto dictatorial. Cuidar, sostener, organizar y preservar lo colectivo no aparecía únicamente como una tarea secundaria, sino como una dimensión profundamente política que permitió mantener vivas formas de resistencia incluso en los momentos de mayor violencia y fragmentación.

En sus relatos emerge de manera constante la importancia de la solidaridad, del cuidado entre compañeras y de la construcción de vínculos capaces de sostener la vida en contextos atravesados por el miedo, la persecución y el encierro. La unidad aparece no sólo como una estrategia política, sino también como una forma de supervivencia colectiva, como un hilo conductor que continúa atravesando gran parte de las estructuras de la izquierda uruguaya hasta el presente, donde la defensa de lo colectivo y la búsqueda de justicia social siguen ocupando un lugar central.

Las historias recuperadas en esta investigación dan cuenta de la dureza y la complejidad de las trayectorias que atravesaron, pero sin quedar reducidas a una lógica de victimización. Por el contrario, sus memorias recuperan la ternura, el acompañamiento, la organización colectiva y la capacidad de sostenerse mutuamente incluso en condiciones extremas. Allí, la resistencia no aparece únicamente ligada a la confrontación política directa, sino también a la capacidad de cuidar, contener, preservar la esperanza y reconstruir humanidad en medio del horror.

La visibilización de estas experiencias constituye, en este sentido, un acto profundamente político. Implica reconocer que la historia reciente también fue construida desde estas voces, desde estas prácticas y desde memorias que durante mucho tiempo permanecieron desplazadas hacia los márgenes del relato público. Recuperarlas no responde únicamente a una necesidad historiográfica, sino también ética y política, decir sobre aquello que las atravesó, dejar atrás silencios persistentes y habilitar nuevas formas de comprender lo que significó resistir durante la dictadura.

Del mismo modo, esta investigación permitió advertir que muchas de las mujeres entrevistadas no necesariamente se nombran desde categorías feministas contemporáneas. Sus relatos emergen desde un horizonte político marcado por la lucha contra la represión, la desigualdad y el autoritarismo. Sin embargo, esa distancia entre las herramientas analíticas actuales y las formas en que ellas mismas construyen sus memorias no representa una contradicción, sino un espacio fértil para la reflexión crítica y la reinterpretación histórica.

Al mismo tiempo, resulta imposible abordar estas memorias sin mencionar que aún hoy existen mujeres atravesadas por el terrorismo de Estado que continúan desaparecidas. Por ello, la lucha por memoria, verdad y justicia permanece abierta y vigente, reafirmando la

necesidad de continuar exigiendo respuestas al Estado uruguayo frente a las heridas y ausencias que todavía persisten.

No existe pueblo que pueda descansar verdaderamente en paz mientras continúe construyéndose sobre el dolor del olvido y sobre silencios que aún permanecen abiertos. Existe un compromiso profundo con esta causa y es precisamente desde allí que esta investigación no pretende cerrarse en lo escrito aquí. Más bien, busca constituirse como un puente para continuar investigando, preguntando y construyendo narrativas que den cuenta de lo que atravesaron estas mujeres durante uno de los períodos más oscuros de la historia reciente de nuestro país.

Porque recuperar estas memorias no implica únicamente volver sobre el pasado, sino también disputar los sentidos del presente y la forma en que una sociedad decide recordar, reconocer y construir justicia colectiva. La memoria, como la historia, permanece en movimiento.

Memoria, Verdad y Justicia.

¡Nunca Más!

Referencias

- Araujo, A. M. (1980). *Tupamaras. Des femmes de l'Uruguay*. Des Femmes.
- Baica, S., & Risso, M. (2014). *Las Laurencias. Violencia sexual y de género en el terrorismo de Estado uruguayo*. Trilce.
- Bisquerra, R. (2004). *Metodología de la investigación educativa*. La Muralla.
- Bourdieu, P. (2012). *La dominación masculina* (7.^a ed.). Anagrama.
- Carrasco Morales, C. (2023). *Tercera generación: Repercusión de la dictadura uruguaya (1973-1985) en la configuración familiar y vida social de nietas de ex presas políticas* Tesis de grado. Universidad de la República. Facultad Ciencias Sociales. <https://hdl.handle.net/20.500.12008/37275>
- Carbonel, V., Garín, M., & Gómez, E. (2022). *¿Dictadura con cara de varón?* [Trabajo académico no publicado]. https://drive.google.com/file/d/1GJOP94QIjIKHEQ12xpb34e-zPc2BLfyL/view?usp=drive_link
- Corbetta, P. (2003). *Metodología y técnicas de la investigación social* (pp. 33–67). McGraw-Hill.
- Daona, V. (2013). Acerca de *La Anunciación* de María Negroni y la escritura fragmentaria de la violencia política en la Argentina de los años 70. *Stockholm Review of Latin American Studies*.
- De Giorgi, A. L. (2020). *Historia de un amor no correspondido: Feminismos e izquierda en los 80*. Sujetos Editores.
- De León, M. (1994). *Élites discriminadas (sobre el poder de las mujeres)*. Anthropos.
- Foucault, M. (1977). Le jeu de Michel Foucault. En *Dits et écrits* (Vol. III, pp. 298–329).

- Foucault, M. (1976). La disciplina. *Vigilar y castigar*. Siglo XXI Editores.
- Gómez, E., & Remeseiro, M. (2023). *Entre la Revolución y la Resistencia: El impacto del rol de las mujeres cisgénero del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaro en contexto de encierro durante la dictadura cívico-militar (1973-1985) en Montevideo* [Trabajo académico no publicado]. Proyecto Integral II, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. https://drive.google.com/file/d/1GJOP94QIjlKHEQ12xpb34e-zPc2BLfyL/view?usp=drive_link
- Gutiérrez Aguilar, R., Sosa, M. N., & Reyes, I. (2018). El diálogo entre mujeres como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capitalista y colonial: Reflexiones en torno a la violencia y la mediación patriarcal. *Heterotopías*, 1(1).
- Gyarmati, G. (1987). La pedagogía de la participación: Una teoría política del bienestar psicosocial. En G. Gyarmati (Coord.), *Hacia una teoría del bienestar psicosocial*. Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Jelin, E. (2001). *Memoria colectiva y represión: Perspectivas comparativas sobre los procesos de democratización en el Cono Sur de América Latina*. Iberoamericana/Vervuert.
- Jelin, E. (2008). Respuestas políticas al pasado en el presente: Las cuentas sin saldar. En A. Rico (Comp.), *Historia reciente. Historia en discusión* (pp. 92–109). Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- Lagarde, M. (2011). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Horas y Horas.
- Lagarde, M. (2012). Enemistad y sororidad entre mujeres: Hacia una nueva cultura feminista. En *El feminismo en mi vida. Hitos, claves y utopías*. Instituto de las Mujeres del Distrito Federal.

- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. Cuicuilco, 7(18), Escuela Nacional de Antropología e Historia (Distrito Federal, México). <http://www.redalyc.org/pdf/351/35101807.pdf>
- Lamas, M. (2002). *Cuerpo: Diferencia sexual y género*. Taurus.
- Leache, P., & Llombart, M. (2009). Una lectura del género como dispositivo de poder. *Sociológica*, 24(70), 115–151.
- Licitra, J. (2018). *38 estrellas: La mayor fuga de una cárcel de mujeres de la historia*. Planeta.
- ONU Mujeres. (2021). *Hacia una participación paritaria e inclusiva en América Latina y el Caribe: Panorama regional y aportes a la CSW 65*.
- Pachón, M., Peña, X., & Wills, M. (2012). Participación política en América Latina: Un análisis desde la perspectiva de género. *Revista de Ciencia Política*.
- Ruiz, M., & Sanseviero, R. (2012). *Las rehenas: Historia oculta de once presas de la dictadura*. Fin de Siglo.
- Sapriza, G. (2009). Memorias de mujeres en el relato de la dictadura (Uruguay, 1973–1985). *DEP. Deportate, Esuli e Profughe. Rivista telematica di studi sulle memorie femminili*.
- Scott, J. (1990). El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En M. Amelang & M. Nash (Eds.), *Historia y género: Las mujeres en la historia moderna y contemporánea*. Alfons el Magnànim.
- Urse Bentancor, V. (2021). *Las vejeces de las mujeres hoy, con la memoria viva del terrorismo de Estado uruguayo de ayer: las voces del colectivo sujetas-sujetadas*. Tesis de grado. Universidad de la República (Uruguay). Facultad de Ciencias Sociales. <https://hdl.handle.net/20.500.12008/33859>
- Vidaurrázaga, T., Ruíz, O., & Ruíz, M. (2020). Compórtate como una mujer: La tortura genérico-sexual como dispositivo de control dictatorial en Chile y Uruguay. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*.

Vasilachis, I. (2006). *Estrategias de intervención cualitativa*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.